

La modernización de Japón durante la era de la restauración Meiji

The modernization of Japan during the Meiji era

David J. Sarquís*

Resumen

La revolución Meiji es un proceso histórico acaecido en Japón durante la segunda mitad del siglo XIX. Implica la serie de acontecimientos que dieron lugar a la llamada “era Meiji” (1868-1912) que marca el ascenso de ese país a nivel de potencia mundial. Su estudio es interesante porque revela las particularidades de las estrategias seguidas por el gobierno japonés para promover su modernización y así dar un impresionante salto, de sociedad semifeudal a potencia mundial de primer orden, en el curso de apenas unas cuantas décadas. Dada la importancia que preserva la idea del desarrollo y el ascenso en el sistema internacional contemporáneo y los retos que ello implica para la mayor parte de la población mundial hoy, es conveniente explorar los detalles del proceso en busca de lecciones, tanto positivas como negativas, para todos aquellos que aun aspiran a los beneficios de la modernidad. Un aspecto crucial del análisis es el relativo a la especificidad del contexto internacional en el que tuvo lugar este proceso, ya que permite ver con claridad la relación dialéctica fundamental entre el medio internacional y el contexto interno de la sociedad japonesa de esa época, irreversiblemente modificada por su entorno y luego, modificante del mismo.

Palabras clave: Japón, sistema internacional, modernidad, sistema westfaliano, relaciones internacionales.

Abstract

The Meiji revolution is a historical process that took place in Japan during the second half of the 19th century. It implies a series of events that characterize the so-called “Meiji era” (1868-1912) which marks the ascent of that country to the level of world power. Its study is interesting because it reveals the particularities of the strategies followed by the Japanese government to promote its modernization and thus make amazing progress, from feudal society to first class world power, in the course of just a few decades. Given the importance that the idea of development and ascent still preserves in the contemporary international system, and the challenges it implies for most of the world population today, it is convenient to explore the details of this process in search of both, positive and

* Doctor en Relaciones Internacionales por la UNAM y doctor en Historia por la UAM. Docente-investigador de tiempo completo en el Instituto de Estudios Internacionales “Isidro Fabela” de la Universidad del Mar, *campus* Huatulco. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1.

negative lessons, for all those who still aspire to the benefits of modernity. A crucial aspect in this regard is related to the specificity of the international context in which this process took place, for it allows us to see with clarity, the fundamental dialectical relation between the international context and the prevailing internal conditions of Japanese society at that time, irreversibly modified by its environment, and later modifier of the latter.

Key words: Japan, international system, modernization, Westphalian system, international relations.

Introducción

El estudio de la historia se ha vuelto más complicado en una época en la que la mayoría de los observadores de la escena social considera que las condiciones características de nuestros tiempos sencillamente carecen de parangón en la historia. La ciencia y la tecnología, la dinámica de la sociedad global generada por la interconectividad del mundo actual, nos dicen, han creado condiciones que ninguna experiencia previa nos podría ayudar a entender. El lamentable corolario es simple: el estudio de la historia ha dejado de tener el mismo atractivo o sentido ilustrador que alguna vez tuvo, se ha vuelto obsoleto. Hobsbawm ha reconocido el problema con toda claridad cuando escribe que:

La destrucción del pasado o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea a la de generaciones anteriores es uno de los fenómenos más característicos y tenebrosos de la última etapa del siglo xx. La mayoría de los y las jóvenes de este fin de siglo han crecido en una especie de presente permanente que carece de cualquier relación orgánica con el pasado público de los tiempos que les ha tocado vivir.¹

En este sentido, tanto los historiadores como los profesores de Historia se enfrentan hoy a un reto mayúsculo: tratar de rescatar la importancia de su objeto de estudio para interesar a las nuevas generaciones en él. Para el conocimiento de la historia de las relaciones internacionales, como objeto de análisis diferenciado de otras formas de saber histórico, es conveniente empezar por señalar la especificidad de aquello a lo que estaremos abocando este esfuerzo, es decir, el sistema internacional en su conjunto: su génesis, su funcionamiento, su comportamiento y su trayectoria temporal como un todo diferenciado de sus componentes individuales.

Desde este punto de vista, es necesario que los alumnos se familiaricen, de entrada, con la idea de un sistema internacional como esa entidad conformada por una diversidad de actores que se desempeñan en un escenario internacional, que en

¹ Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: 1914-1991*, Pantheon, Londres, 1994, p. 3.

términos políticos son autónomos unos de otros y que están culturalmente diferenciados entre sí. Es imperativo aprender a visualizar cómo es que la interacción entre estos actores genera una estructura sociocultural que soporta y da sentido a la totalidad estudiada, define el tipo de funciones necesarias para su subsistencia, influye en su comportamiento –individual y de conjunto– y establece su propia trayectoria evolutiva.

También es importante destacar la idea de que, aparte de la singularidad irrepetible del hecho histórico concreto, que caracteriza la indagación del historiador, el analista social puede abocarse a la búsqueda de regularidades sociológicas de mayor alcance² condicionantes de los procesos que acaecen al interior del sistema y capaces de evidenciar patrones de regularidad en el acontecer histórico de horizonte más amplio. De esta manera, el estudio de la historia puede dejar de ser, para los alumnos, un mero anecdotario repleto de nombres y fechas que se tienen que memorizar, para convertirse en una guía, que puede explicar la singularidad de los procesos característicos del objeto de estudio, a partir de sus tendencias sistémicas, mismas que se materializan según circunstancias específicas en coyunturas únicas y de ese modo describen patrones de regularidad recurrentes al paso del tiempo. En ese sentido, incluso lo inédito deja de ser imprevisible del todo o, por lo menos, se vuelve comprensible con mayor facilidad.

Esto no significa, desde luego, ignorar la singularidad en la experiencia histórica-internacional (trabajo que ya está muy documentado por la historia diplomática tradicional) sino, de hecho, completarla con una mirada retrospectiva totalizadora cuyo propósito es entender, tanto la unicidad del hecho histórico concreto como la regularidad sociológica en los ciclos de larga duración que la propician. A la luz de este criterio, se busca coadyuvar a la articulación de una historia holista y totalizadora de sistemas internacionales que permita el abordaje de la experiencia humana en su conjunto. De este modo, tratamos de entender algo ocurrido en Japón durante la segunda mitad del siglo XIX, como función de la dinámica que enfrenta a la sociedad japonesa con los retos procedentes del entorno internacional y que inevitablemente modifican la trayectoria histórica de la sociedad japonesa al forzar su incorporación al sistema westfaliano de Estados soberanos nacionales.

La historia de las relaciones internacionales

La convención señala el nacimiento del sistema internacional contemporáneo con la firma de los tratados de Westfalia, signados en Osnabrück y Münster, en mayo y

² Raymond Aron, *Paix et guerre entre les nations*, Calmann-Lévy, Paris, 1962, pp. 852-853 (existe edición en español: Raymond Aron, *Paz y guerra entre las naciones*, Alianza Editorial, Madrid, 1985).

octubre de 1648, respectivamente,³ con los cuales llegó a su fin la llamada Guerra de los Treinta Años,⁴ motivada en esencia por cuestiones de tipo religioso, producto del movimiento de Reforma iniciado por Martín Lutero un siglo antes y que devastó varias regiones de Europa central durante la primera mitad del siglo XVII, poniendo fin a la supuesta unidad política de la cristiandad europea, forjada durante el periodo medieval, para dar paso al advenimiento de la Modernidad.

El nuevo sistema westfaliano representa, desde luego, un proceso de largo alcance histórico en el que se han sucedido varios sistemas internacionales siguiendo un esquema de regularidad reconocible con claridad, en el cual de inicio hay un grupo de actores internacionales compartiendo un espacio geohistórico concreto en ausencia de un poder común regulador de su interacción, y donde de manera gradual se va dando un proceso de integración progresiva (aunque no lineal) que permite transitar de un orden en esencia anárquico a uno crecientemente institucionalizado, donde una potencia hegemónica asume el control relativo del sistema y establece las reglas del juego operacionales para el conjunto.

A pesar de la reticencia a usar el concepto de sistemas históricos internacionales,⁵ para el análisis de la dinámica entre colectividades humanas políticamente diferenciadas, éste ha ido ganando terreno en las últimas décadas,⁶ rescatando la idea histórica de varios pioneros del pensamiento internacional de la primera mitad del siglo XX, quienes empezaron a manejar la idea de una sociedad internacional como modo de

³ D. S. L. Jarvis, *International Relations and the Challenge of Postmodernism: Defending the Discipline*, University of South Carolina Press, Columbia, Carolina del Sur, 2000, p. 37.

⁴ Sin embargo, incluso esta fecha de aparente consenso general resulta también arbitraria para otros autores. Teschke, por ejemplo, la denuncia meramente como un mito. Según él, aún después del supuesto “parteaguas” que representó Westfalia en la historia de las relaciones internacionales, el contexto de las relaciones entre actores políticos del ámbito europeo occidental continuó caracterizado por la presencia de colectividades políticas monárquicas de corte absolutista, regidas de manera formal por la hegemonía imperial, condicionadas por rivalidades dinásticas y sustentadas en regímenes de propiedad de tipo feudal. Véase Benno Teschke, *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*, Verso, Londres, 2003, p. 8.

⁵ Para los internacionalistas, “lo internacional” tiene que ver en principio (aunque no se limita a) la multiplicidad política. De conformidad con el criterio establecido por Rosenberg, entiendo que lo internacional es esa dimensión de realidad social que surge específicamente de la interacción entre diversos grupos en un contexto geohistórico concreto, aunque no todos ellos correspondan a las características distintivas de las naciones actuales. Es claro que a lo largo de la historia han existido muchas formas de agrupación colectiva antes de las naciones y sus formas de interacción siempre tienen algo en común como para asignarles un nombre genérico compartido. Véase Justin Rosenberg, “Why is there no International Historical Sociology?” en *European Journal of International Relations*, 12 (3), SAGE, Universidad de Sussex, Reino Unido, 2006, p. 308.

⁶ Barry Buzan y Richard Little, *International Systems in World History: Remaking the Study of International Relations*, Oxford University Press, Oxford, 2000. Así como Jürgen Osterhammel, *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, 2014.

organización *sui generis* entre actores internacionales. Georg Schwarzenberger es sin lugar a dudas uno de los más destacados pioneros en este sentido (aunque no es el único):

En el curso de la evolución histórica han existido diversas sociedades internacionales. Cada una de ellas, a su vez, ha surgido, se ha desarrollado y se ha desintegrado. Algunas han coexistido las unas al lado de las otras; frecuentemente con sólo una vaga conciencia, incluso a veces una total ignorancia de su mutua existencia, mientras que otras se han fusionado totalmente o al menos en ciertos aspectos y para ciertos propósitos creando así sociedades internacionales más amplias.⁷

Este enfoque es importante porque nos obliga a repensar la relación entre los ámbitos doméstico y externo de las relaciones sociales y a analizar con mayor cuidado el fenómeno de la influencia recíproca que ejerce uno sobre el otro. Así, la idea de lo nacional o doméstico, aparte de una experiencia endógena particular, puede también pensarse como una función del componente externo y, de este modo, incorporar la idea de la internacionalidad como una circunstancia generada por la interacción entre actores internacionales, que se vuelve condición *sine qua non* para una comprensión integral de la historia en su conjunto,⁸ la cual se desenvuelve justo en un contexto de internacionalidad.

Arnold Toynbee fue uno de los primeros en sugerir que las historias nacionales están de alguna manera incompletas, porque han sido elaboradas como si sus objetos de estudio, las naciones, fuesen entidades independientes y autárquicas que permanecen, de alguna manera, al margen de las influencias del medio externo. Para él, dicho enfoque es parcial porque las naciones son sólo partes de un todo orgánico superior que él llama “civilizaciones”, de donde el estudio integral de la historia humana tiene que hacerse a partir del análisis de la interrelación entre todos los grupos entre sí, idea que encaja de manera clara con la perspectiva sistémica con la que se desarrolla este trabajo.⁹

⁷ Georg Schwarzenberger, *Power Politics: A Study of International Society*, Praeger, Nueva York, 1954, p. 25 (existe edición en español).

⁸ Es importante señalar que este enfoque no demerita el valor de la tradicional historia local, sino que más bien lo complementa. Ambos siguen siendo importantes ya que proporcionan ángulos de observación diferenciados que enriquecen la perspectiva histórica en su conjunto, dando además un ámbito de reflexión propio a lo internacional como variable histórica.

⁹ Para Toynbee, la historia es inteligible en las sociedades. Señala como unidad básica las civilizaciones y llega a distinguir 21, a través del curso de la historia humana, más tres civilizaciones abortadas y tres inmovilizadas. El estudio comparativo de estas civilizaciones muestra que todas han pasado etapas semejantes de crecimiento y decadencia, con una fase final en cada una de intento de estado universal. Citado en Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía*, Atenco, México, 1978, pp. 166-168, disponible en <https://introduccionalahistoriajvg.wordpress.com/2012/06/25/arnold-toynbee-1889-1975/> consultado el 28 de agosto de 2017.

Ese todo orgánico se define por la interacción de sus partes; hay una constante influencia recíproca en todo el conjunto y sería imposible tener una visión integral del mismo sin analizar la manera en que las partes integran al todo y éste influye a las partes, por eso Toynbee considera que un estudio estrictamente nacional de la historia siempre estará incompleto y, de alguna manera, distorsionado. Es precisamente en este sentido que se busca entender el proceso de modernización de Japón a partir de la presión ejercida sobre él por el sistema internacional, para luego poder entender la transformación del sistema a partir de la presencia de los japoneses como nueva potencia mundial.

Japón y su contacto con Occidente

Aun cuando los historiadores nacionalistas japoneses contemporáneos lo niegan con insistencia, existe evidencia suficiente para considerar que Japón, como entidad política y cultural, se configuró originalmente al amparo de la civilización china, de la cual importó las técnicas para el cultivo del arroz, la escritura a base de ideogramas, las concepciones del budismo y las prácticas de la vida cortesana, aunque alcanzó, al igual que los otros estados sınıcos, una identidad propia y distintiva que le singulariza y distingue del resto de países herederos de la civilización china. Japón, de hecho, formó parte del sistema internacional del este asiático hasta que éste fue desintegrado y absorbido por el sistema westfaliano de Estados nacionales hacia fines del siglo XIX.¹⁰

El sistema internacional del este asiático, también conocido como sistema tributario chino, se configuró en la región a partir de la hegemonía política y la influencia cultural china, sobre todo durante la dinastía Ming (1368-1644), cuando la burocracia imperial mantenía registro de más de 100 pueblos tributarios del emperador y generó un equilibrio regional notable hasta la llegada de los europeos.¹¹

Es cierto que la hegemonía china no sobrevivió sin desafíos. A finales del siglo XVI Japón invadió Corea desatando la llamada Guerra de Imjin¹² (1592-1598), que

¹⁰ Shogo Suzuki, *Civilization and Empire: China and Japan's Encounter with European International Society*, Routledge, Londres, 2009, p. 34.

¹¹ David Kang, *East Asia Before the West*, Columbia University Press, Nueva York, 2010, p. 2.

¹² Este conflicto armado es conocido con varios nombres, entre ellos "invasión de Hideyoshi a Corea", "Guerra de los siete años", "Guerra Renchen para defender a la nación" o "Guerra Imjin". Aunque por lo general se les considera como dos invasiones aisladas (1592 y 1597), en realidad hubo presencia japonesa durante el lapso entre esas dos invasiones masivas, por lo que algunos historiadores consideran el conflicto como una sola guerra. Este acontecimiento fue el primero en Asia en involucrar ejércitos con un número elevado de soldados portando armas modernas y representó un severo daño para Corea. Este país sufrió la pérdida de 66 por ciento de sus tierras cultivables y la extracción de artesanos y académicos que fueron llevados en contra de su voluntad a Japón, mermando

significó transformaciones importantes para el sistema, generando las condiciones para un cambio dinástico en China y el advenimiento de un nuevo Shogunato en Japón, que decidió el aislamiento del país durante más de dos siglos y medio, durante el llamado periodo Edo.

La condición insular de Japón permitió que el país mantuviera ese aislamiento casi total con respecto al mundo exterior a partir del establecimiento del Shogunato Tokugawa (1603-1868). Los shogunes¹³ se habían hecho con el poder político del país desde fines del siglo XII y habían mantenido la figura del emperador más como un símbolo emblemático de la unidad sociocultural del país que como una realidad política. Después de la fallida experiencia en Corea, el nuevo Shogunato concentró su atención en cuestiones domésticas, manteniendo una rígida estructura semifeudal bajo el poder efectivo de la casta guerrera, distribuida en dominios subordinados al Shogun (*bakuhán*), lo que mantuvo el equilibrio y la paz social hasta la llegada de los norteamericanos a mediados del siglo XIX.

El periodo Edo (1603-1868), mejor conocido con el nombre de Bakufu Tokugawa, se caracteriza por el aislacionismo en la historia de Japón. En él se definen los elementos que le permitirían dar paso a un desarrollo considerable en el terreno económico como es la transformación del sistema feudal a un sistema precapitalista; en el campo de las innovaciones, se comenzó con la importación de técnicas y métodos extranjeros; y finalmente, en la parte del desarrollo intelectual, se manifiesta la llamada ilustración japonesa (1770-1830). Parte de este aislacionismo se explica por las incursiones de los españoles en Filipinas. Esto produjo que Tokugawa expulsara a los misioneros europeos y limitara la entrada de extranjeros a Japón, siendo los mercaderes holandeses, chinos y coreanos los únicos autorizados bajo un férreo control de las autoridades del *bakufu* en tener acceso al país mediante su arribo a un remoto puerto en Nagasaki. Los viajes al exterior fueron prohibidos bajo un sistema de castigos a todo aquel que desobedeciera esta medida.¹⁴

el desarrollo de la ciencia en aquel país. Otra pérdida importante tuvo lugar en el aspecto histórico y cultural, ya que muchos registros fueron quemados junto con varios palacios imperiales en Seúl. China vio mermadas sus finanzas y, como consecuencia, la dinastía Ming quedó debilitada de manera significativa. Esto facilitaría el ascenso al poder de la dinastía Qing. Véase Boromir, “Historia universal invasión samurái de Corea” en *Foros Perú*, 25 de febrero de 2013, Lima, disponible en <http://www.forosperu.net/temas/invasion-samurai-de-corea-1592-1598.432818/> consultado el 30 de agosto de 2017.

¹³ La palabra *shogun* fue empleada originalmente durante el periodo Heian de 794 a 1185 d. C. Los generales del ejército de esa época eran llamados *Sei-i Taishogun* que, *grosso modo*, significa “comandante en jefe de las expediciones en contra de los bárbaros”. En esa época los japoneses luchaban por quitarle su tierra a las tribus Emishi y los Ainu, quienes fueron removidos hacia la fría isla del norte, llamada Hokkaido. Véase Kallie Szczepanski, “Historia universal invasión samurái de Corea” en *ThoughtCo.*, 21 de julio de 2017, disponible en <https://www.thoughtco.com/japans-military-rulers-the-shoguns-195395> consultado el 29 de agosto de 2017.

¹⁴ Adolfo Laborde, “Japón: una revisión histórica de su origen para comprender sus retos actuales en

A pesar de su aislamiento, la sociedad y sus autoridades mantuvieron vigentes los principios organizativos generales del sistema internacional del este asiático, basado fundamentalmente en la idea del propósito moral del Estado (principio de inspiración confuciana) el principio organizador de la soberanía, basado en la idea de una rígida jerarquía política y social y las normas de justicia procesal que daban legitimidad a las autoridades para aplicar la ley, en ocasiones de forma muy rigorista en apariencia (sobre todo desde el punto de vista occidental) si bien es cierto que estos principios tuvieron que actualizarse para responder a nuevas circunstancias generadas por la información y las mercancías traídas por los extranjeros que bajo estrictos controles y supervisión podían visitar el país un par de veces al año para comerciar.

El establecimiento del régimen Tokugawa, por otra parte, creó la necesidad de una nueva legitimación, una cosmovisión y un sistema ético que lo sostuviera. Ni la tradición del Shinto, ni la ideología budista de la sociedad medieval anterior resultaban adecuadas. Sin embargo, las ideas neoconfucianistas, en especial la escuela Chu Hsi de la dinastía Sung, bien conocida entre los políticos y los estudiosos de la ética desde el siglo XIII proporcionó un buen esquema de racionalización intelectual para la estructura social orientada para la preservación del estatus del sistema *bakuban*.¹⁵

Con todas sus vicisitudes, el periodo del Shogunato parece haber sido suficientemente estable y armonioso como para evocar su añoranza una vez que se empezaron a implementar los cambios occidentalizadores de la era Meiji, más forzados por las circunstancias externas que elegidos por voluntad de los japoneses o de sus autoridades, las cuales se vieron obligadas, de manera dolorosa, a reconocer la superioridad tecnológica (sobre todo en el terreno de las armas) del Occidente. De ese modo inició la incorporación de la sociedad japonesa al sistema internacional europeo (westfaliano) con un proceso de occidentalización que abrió paso para el advenimiento de la Modernidad.

El proceso de expansión del sistema internacional europeo

A partir del momento en que se instauró el sistema westfaliano en 1648, en teoría inició un proceso gradual de expansión del sistema de Estados soberanos, seculares, territoriales y de tendencia nacional, que eventualmente abarcaría la totalidad del planeta y que quedaría desde entonces vinculado de manera indisoluble por crecientes lazos

el contexto internacional” en *En-claves del pensamiento*, año V, núm. 9, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, México, enero-junio 2011.

¹⁵ *Encyclopædia Britannica*, “Japan” en *Encyclopædia Britannica*, 2017, disponible en <https://www.britannica.com/place/Japan> consultado el 29 de agosto de 2017.

políticos, económicos, sociales, culturales, etc. en un solo gran proyecto para el desarrollo de la humanidad, sin que esto signifique, de manera alguna, aceptación pasiva de la imposición de cualquier forma de pensamiento único. La dinámica de la historia se mueve, entre otras cosas, justo en función de la resistencia ante la tendencia homogeneizante de los sistemas internacionales, la cual implica por lo regular la adopción de tendencias anexionistas e imperialistas que han sido criticadas de forma tradicional por quienes las padecen (es decir, la mayor parte del mundo).

La cuestión del porqué los sistemas internacionales son inherentemente expansivos ofrece interesantes motivos de reflexión. No es éste el lugar para entrar en detalle sobre el tema, pero sí puede apuntarse que la tendencia expansiva de todos los sistemas internacionales es una constante histórica. Los estudiosos de la era moderna¹⁶ tienden a atribuirla a la naturaleza rapaz del capitalismo, sin duda una variable de peso para la explicación del fenómeno. Sin embargo, la experiencia histórica señala que la tendencia expansiva es propia de todas las grandes civilizaciones, con independencia de sus modos de producción predominantes, lo cual exige, por lo menos, una reconsideración bien fundamentada del tema.

Desde una perspectiva sistémica, puede argumentarse que todos los sistemas tienden a la búsqueda de su equilibrio a fin de poder funcionar mejor, lo que conlleva a tratar de homogeneizar sus espacios de acción. En este sentido, la otredad, con sus propios usos y costumbres, sus principios y valores, sus creencias y modos de organización, son irremediamente vistos como una amenaza para el buen funcionamiento del sistema social propio. Tal situación empuja a la competencia y el enfrentamiento, de tal forma que una cultura acaba imponiéndose sobre las demás. Luego viene la necesidad de resguardar las fronteras tratando de garantizar la seguridad grupal, lo que se añade a la tentación expansionista al tratar de controlar nuevas zonas de seguridad.

Cierto es que la vinculación económica a través del comercio genera mayor interconectividad entre los grupos humanos, lo que favorece aún más las tendencias homogeneizadoras de los sistemas internacionales.

El sistema westfaliano es relevante en términos históricos en el sentido de que llegó a convertirse en el primer sistema internacional de alcance planetario, ya que todos los sistemas anteriores habían tenido un carácter regional. La esencia de la idea de un sistema internacional puede pensarse entonces en términos de colectividades humanas interactuantes, cuya praxis conforma el objeto de estudio propio de Relaciones Internacionales y marca una tendencia integradora que fusiona a una gran variedad de grupos en un proyecto político-cultural de mayor envergadura. Esa es, al

¹⁶ Vladimir I. Lenin y John A., Hobson, *Imperialismo*, Capitán Swing, Madrid, 2009.

menos por parte de los internacionalistas, una manera de abordar la historia de los últimos casi cuatro siglos.

El consenso sobre este enfoque, sin embargo, está lejos de ser universal. Muchos autores se niegan siquiera a contemplar al conjunto de la humanidad como un sistema y prefieren verlo sólo como un abigarrado conjunto (natural e irremediamente fragmentado) de grupos humanos, con distintos modos de organización, cada cual tratando de salvaguardar sus propios intereses, lo que lleva a definir el orden internacional como algo anárquico en esencia. Uno de los primeros en cuestionar la idea de un sistema internacional, justo por estas razones, fue Raymond Aron. Su duda nace, según él mismo explica, de la naturaleza intrínsecamente competitiva de las partes que integran a este sistema y del ambiente de conflicto casi permanente en el que coexisten, tratando de imponerse unos a otros, lo que cuestiona la noción sistémica de partes entrelazadas funcionando por la consecución de objetivos comunes.

He dudado en emplear este término, sistema para designar un conjunto cuya cohesión está determinada por la competencia; que se organiza merced al conflicto y que además se manifiesta en su forma más potente el día que se ve lacerado por el recurso a las armas. Un sistema político se define por su organización, por las relaciones de reciprocidad entre las partes, por la cooperación entre sus elementos componentes y por las reglas de gobierno. ¿Hasta qué grado podemos encontrar algo equivalente en el caso de un sistema internacional?¹⁷

Y sin embargo, el potencial del enfoque sistémico, como filosofía de la representación, en especial después de que ha incorporado las ideas de auto-organización, propiedades emergentes y complejidad, es tan enriquecedor que tiene un número creciente de adeptos esforzados en explicar la realidad internacional desde esta perspectiva.

Uno de los primeros aspectos a considerar para el trabajo de reconstrucción histórica desde la perspectiva sistémica internacional es el relativo a la interacción entre comunidades humanas en contextos geohistóricos concretos, en los que todos ellos se influyen de manera recíproca con su pura presencia. Los enfoques de reconstrucción nacional de la historia tienden a privilegiar los aspectos endogámicos de la vida social y sólo tratan la externalidad de manera tangencial. No ignoran, por supuesto, la presencia ni la influencia de la otredad, pero tienden a minimizarla. Vista desde esta perspectiva, la historia del Japón feudal parecería tener muy poco que ver con la realidad externa. Sin embargo, es evidente que durante el mismo lapso se han ido gestado cambios importantes en el ámbito internacional, que ni siquiera una sociedad cerrada y tradicionalista como la japonesa puede ignorar.

¹⁷ Raymond Aron, *op. cit.*, p. 94 (trad. libre).

El desarrollo de la ciencia moderna y su corolario, la innovación tecnológica, el incremento de los flujos comerciales, el atractivo de las nuevas mercancías, la difusión de las ideas que preludian la modernidad, entre otras cosas, significan la presencia de una otredad amenazante imposible de soslayar. Durante el periodo Edo, los japoneses habían confiado en su destreza militar, su capacidad autárquica, el compromiso de sus samuráis, sus valores tradicionales y su superioridad moral, para preservar su preciado aislacionismo; sin embargo, hacia finales del periodo, sobre todo después de las humillantes derrotas sufridas por los chinos contra los ingleses durante las guerras del opio (1839-1842), las cuales culminaron con el oprobio del Tratado de Nanjing que obligó a los chinos a abrirse al comercio exterior, la presencia de la otredad se volvió impositiva y tuvo que ser enfrentada.¹⁸ Los japoneses descubrieron entonces, horrorizados, que ya no contaban con algunas de esas ventajas comparativas que les habían permitido sentirse a salvo en su esplendoroso aislamiento y tienen que preparar su propio curso de acción ante el reto de la presencia extranjera en sus costas.

La llegada de los estadounidenses

Dada su condición insular, la amenaza para la tradicional cultura japonesa entró por el mar.¹⁹ Firme en sus propósitos aislacionistas, los japoneses impedían la llegada de buques a sus costas, incluso en casos de emergencia. En 1837 recibieron a cañonazos al buque Morrison que pretendía devolver a su tierra a tres marinos japoneses que habían llegado de manera accidental hasta Gran Bretaña. Es cierto que el gesto no era gratuito, ya que iba a bordo un rico comerciante en telas de origen estadounidense que buscaba la ocasión de establecer relaciones comerciales con el “imperio del sol naciente”. En otra ocasión, un buque norteamericano naufragó cerca de las costas

¹⁸ Este conflicto y su resolución a favor de la potencia imperialista británica facilitó la irrupción en el escenario de otras potencias como Estados Unidos, Francia y Rusia, que forzaron a China a firmar diversos convenios que han recibido la denominación de “Tratados desiguales”. Como consecuencia de ellos, en 1860 China se vio apremiada a abrir otros 11 puertos al comercio exterior con el correspondiente menoscabo de su soberanía. Véase Jorge Juan Lozano Cámara, “Resistencia al imperialismo. China: la Guerra del Opio. 1839-1842” en *Clasehistoria*, disponible en <http://www.clasehistoria.com/imperialismo/resistenciaopio.htm> consultado el 30 de agosto de 2017.

¹⁹ En junio de 1853, una flota de cuatro naves dirigidas por el comodoro Perry apareció en alta mar frente a la entrada de la bahía de Edo (el antiguo nombre de Tokio y capital del Shogunato Tokugawa). Muchos japoneses, entre el miedo y el asombro, vieron acercarse ante sus ojos una escuadra de gigantescos barcos negros que podían navegar contra corriente y sin el viento a favor ya que se movían por el poder del vapor de las calderas y por eso se llamó “la flota negra”. Véase Sergiopaterna, “El comodoro Perry y los barcos negros” en *Pergaminos japoneses*, 25 de febrero de 2014, disponible en <http://pergaminojaponeses.com/2014/02/25/el-comodoro-perry-y-los-barcos-negros-2/> consultado el 30 de agosto de 2017.

japonesas y sus tripulantes fueron hechos prisioneros, lo cual dio pretexto a los estadounidenses para criticar a las autoridades japonesas y tildarlas de tiránicas y autoritarias, a las que podría enseñárseles una lección.²⁰

La mayoría de los historiadores estadounidenses enfatizan el carácter aislacionista de la política exterior de su propio país, diciendo que con base en los consejos del presidente Washington, desde principios del siglo XIX, ellos decidieron mantenerse al margen de los enredos de la política internacional europea. Eso es relativamente cierto, si sólo se consideran las estrategias de interacción de su país con las potencias europeas. Sin embargo, volteando la mirada hacia el propio continente americano, la política exterior de Estados Unidos sólo puede ser calificada de expansionista e intervencionista. En relación con el Lejano Oriente, las cosas difieren otro tanto. Bajo la consideración de que el comercio es un derecho “natural” de los pueblos (independientemente de las políticas de los gobiernos), los estadounidenses no tuvieron ningún empacho en forzar una política de puertas abiertas, para obligar a los asiáticos a comerciar con ellos. El caso más emblemático fue el de Japón.

En 1853, el presidente Millard Fillmore encomendó al comodoro Matthew Perry la misión de visitar Japón e invitar a sus autoridades a comerciar de manera libre con Estados Unidos (aunque sus órdenes incluían autorización para el uso de la fuerza en caso de ser necesario). En su condición de estratega experimentado (había adquirido experiencia internacional en la guerra contra México entre 1846-1848), Perry analizó en detalle el caso del aislamiento japonés y estimó, desde una posición característica del pensamiento realista político clásico, que la mejor forma de convencer a los japoneses de ser flexibles y abrirse al comercio internacional, sería haciendo una demostración de fuerza que evidenciara, tanto su determinación por lograr la apertura, como la incuestionable superioridad de sus armas.

El enviado estadounidense llegó al puerto de Uranga el 8 de julio y se negó a retirarse, a pesar de las advertencias de los japoneses, si no se le permitía entregar en persona un mensaje del Presidente de Estados Unidos. En medio de una tensión creciente, las autoridades locales al fin recibieron el mensaje y Perry advirtió que pronto regresaría por una respuesta. En febrero del año siguiente se presentó en la bahía de Edo (hoy Tokio) con una flota aún más grande —nueve naves—, rodeado de toda la parafernalia necesaria para impresionar a los japoneses y con un cargamento de regalos como muestra de buena voluntad.

²⁰ En ausencia de un organismo regulador internacional, los estadounidenses del siglo XIX estaban convencidos de la legalidad de tomar la justicia en sus propias manos, de tal suerte que una nación agraviada por otra podía convertirse justificadamente en “acusador, juez y verdugo” al mismo tiempo. Véase Joseph M. Henning, “Gunboat diplomacy worked in Japan 150 years ago ... but today?” en *History News Network*, 5 de abril de 2004, disponible en <http://historynewsnetwork.org/article/4383> consultado el 30 de agosto de 2017.

También como acto de buena voluntad hizo disparar sus cañones, supuestamente para saludar a las autoridades ahí presentes. El antecedente quedó establecido con claridad para el uso de la “diplomacia de las cañoneras” empleada con éxito por los norteamericanos en la región del Caribe a principios del siglo xx. Con el recuerdo aún fresco de la ominosa derrota de los chinos frente a los británicos en las guerras del opio, poco más de una década antes, los japoneses en efecto optaron por ser más receptivos y permitieron el descenso de Perry y sus hombres a la costa para parlamentar.

Perry mantuvo sus tropas en la playa e hizo explicar que mostraría los regalos que traía. Instaló un ferrocarril en miniatura e invitó a los nobles a subir en él, dos por vagón, en un largo paseo a 30 kph. Los japoneses creyeron que había demonios en la locomotora, “que echaba el mismo humo de los buques de guerra”. Después transmitió mensajes telegráficos a un kilómetro, creyendo los nobles que alguien corría por adentro del tubo. Les mostró arados, telescopios, modernos fusiles, cañones, relojes, artículos domésticos, jabones y otros artefactos diversos que sorprendían a todos, y dibujaban esos raros artefactos. El *shogun*, entretanto, respondió con sederías, porcelanas, bandejas y un cofre de sándalo con pescado seco, un saco de arroz y cuatro perritos de casta japonesa, lo cual se consideraba el tradicional regalo de amistad. Esto era un gran triunfo para la misión y un símbolo de paz.²¹

El resultado fue la firma del tratado de Kanagawa el 31 de marzo de 1854 en Shimoda, mediante el cual Japón abandonó en definitiva su tradicional aislacionismo. Entre sus principales consecuencias estaría la caída del régimen de los *shogunes* y el advenimiento de una vertiginosa transición hacia la modernidad occidentalizadora que convirtió a Japón en una gran potencia en el curso de unas cuantas décadas.

Este tratado terminó con 200 años de aislamiento de Japón, y a la vez, con su política de exclusión (*Sakoku*), abriendo así los puertos japoneses de Shimoda y Hakodate al comercio con Estados Unidos, garantizando la seguridad de naufragos estadounidenses y estableciendo un cónsul permanente. El Tratado de Kanagawa fue seguido por el Tratado de Amistad y Comercio (USA-Japón)-Tratado de Harris de 1858, el cual permitió la concesión de establecimientos extranjeros, territorios extras para Japón y mínimos impuestos a las importaciones de sus bienes. Similares tratados fueron subsecuentemente negociados por los rusos, los franceses y los británicos.²²

²¹ Juan Eduardo Azzini, “Cuando el comodoro Perry abrió las puertas del Japón” en *Historia y Arqueología Marítima*, 2003, disponible en <http://www.histarmar.com.ar/AcademiaUruguayMyFI/2003/CuandoelComodoroPerry.htm> consultado el 30 de agosto de 2017.

²² History, “Tratado de Kanagawa” en *History*, 2017, disponible en <https://mx.tuhistory.com/hoy-en-la-historia/tratado-de-kanagawa> consultado el 30 de agosto de 2017.

En vez de resignarse en forma pasiva a la presencia dominante de los extranjeros, después del impacto que produjo la presencia de los norteamericanos en sus costas, los japoneses se apresuraron a tratar de entender lo ocurrido y de hacer algo al respecto. Casi de inmediato enviaron a más de un centenar de representantes diplomáticos a casi una docena de países para aprender de sus tácticas y estrategias, comprender mejor sus valores y sus técnicas y copiar lo mejor de sus modelos de organización. En vez de dejarse impresionar y dominar por el miedo, trataron de responder al reto modificando sus propias estructuras y formas de operar.

El proceso de la restauración

El terremoto político no se hizo esperar. El prestigio del Shogunato quedó en entredicho de manera irreparable. Pronto los japoneses pudieron darse cuenta del rezago real de su país frente a las potencias extranjeras, como resultado de más de dos siglos de aislamiento. La superioridad de la tecnología y de las armas extranjeras volvió obsoletas los instrumentos y las técnicas de guerra de los feroces samuráis, a pesar de su incuestionable valor y destreza. En el curso de la década siguiente, la presencia de los extranjeros en el país provocó desórdenes que condujeron a la guerra civil.

En el conflicto entre tradicionalistas y modernistas lograron imponerse los partidarios de la modernización quienes, de hecho, contaron con el apoyo extranjero. El 3 de enero de 1868 se consumó el proceso de restauración del poder imperial. La restauración propiamente dicha consistió en restituir el control directo del poder imperial, de forma tal que el nuevo emperador Mutsuito dejó de ser un mero símbolo real; entonces nulificó el Shogunato e inició un proceso de occidentalización del país que caracterizó a la llamada era Meiji o “del mandato iluminado”. El último de los grandes levantamientos en contra de la modernización fue la rebelión Satsuma de 1877,²³ a partir de la cual inició una creciente presión contra el gobierno en favor de instituciones representativas que culminó con la Constitución de 1889.

Lejos de ser un movimiento planificado e implementado con cuidado, la llamada revolución fue, en algunos casos, un cúmulo de respuestas improvisadas ante los

²³ El dominio de Satsuma, al sur del país, funcionaba como un Estado independiente del resto. Agentes imperiales trataron de asesinar al líder Saigo Takamori, originalmente partidario de la restauración Meiji, quien después inició una revuelta en contra del gobierno que duró cerca de un año, hasta que la superioridad numérica y de las armas de las tropas imperiales derrotaron a los samuráis, quienes casi desaparecieron de la escena política a partir de entonces. Véase Historia Bélica, “Rebelión Satsuma” en *Historia Bélica*, 24 de diciembre de 2014, disponible en <https://historiayguerra.net/2014/12/24/rebellion-de-satsuma-1877/> consultado el 31 de agosto de 2017.

retos tanto internos como externos que percibían las nuevas autoridades, pero todas ellas con un claro objetivo en mente: la modernización del país. Ésta fue una de las causas de la oposición de los tradicionalistas. Especial preocupación generaba la presencia de los extranjeros, de quienes se temían posibles conspiraciones para apoderarse del destino nacional, tal como ocurría en muchas otras partes del mundo, donde incluso el control político directo se había convertido en la regla más que la excepción.

La revolución Meiji no obedeció en ningún momento a un plan preciso; los revolucionarios fueron enterándose de los temas y de las soluciones mediante la reiteración del proceso ensayo-error, a través de aproximaciones sucesivas. La toma del poder en 1868 por la élite japonesa moderna se presentó como restauración más que como revolución, y se produjo siguiendo los procedimientos legales autóctonos vigentes. El último shogun devolvió de manera formal el poder al emperador. Pero pese a las apariencias de legitimidad, la restauración Meiji fue un golpe de Estado organizado por grupos descontentos de la periferia de la élite existente.²⁴

La férrea estructura social de corte semifeudal empezó a derrumbarse, sobre todo debido a la presencia de los extranjeros, quienes gozaban de privilegios que los tradicionalistas consideraban intolerables, ya que mediante una interpretación excesiva del principio de extraterritorialidad no podían ser juzgados por autoridades japonesas; de hecho, las embajadas contaban con sus propios pequeños ejércitos para salvaguardar sus intereses y los tratados desiguales estaban a la orden del día. La magnitud de los cambios era desafiante y las élites japonesas no estaban seguras de cómo responder, pero sí sabían a ciencia cierta que no deseaban convertirse en un dominio colonial de ninguna otra potencia.

La situación se volvía cada vez más incierta y muchos temían que, con el poder del dinero y las armas, los gobiernos extranjeros podrían llegar a corromper a los desbancados samuráis para convertirlos en mercenarios que facilitarían el advenimiento de un gobierno títere –aún más favorable para los extranjeros– a cargo de algún señor de la guerra de rango menor. “Al igual que en China, la meta preliminar que surgió entre la élite japonesa, después de que ambos Estados estuvieron expuestos a la influencia de la sociedad internacional europea, fue la de convertirse en un Estado rico y poderoso, capaz de resistir la amenaza de las potencias occidentales y de evitar la imposición de los tratados desiguales”.²⁵ Para lograrlo, los japoneses decidieron que en vez de ahuyentar a los bárbaros (como habían hecho en el pasado) tendrían

²⁴ Jorge Porcel de Peralta, “Los imperios coloniales en Asia”, *Lecturas 715*, 14 de marzo de 2017, disponible en <http://lecturas715.blogspot.mx/2017/03/los-imperios-coloniales-en-asia-bejar.html> consultado el 30 de agosto de 2017.

²⁵ Shogo Suzuki, *op. cit.*, p. 114 (trad. libre).

que aprender de ellos. A diferencia de los chinos que sólo reaccionaron de manera torpe, tratando de complacer a los extranjeros mientras copiaban algunos de sus modelos, sin reformar sustancialmente sus propias costumbres e instituciones, la respuesta japonesa fue un agresivo y decidido programa de occidentalización, organizado y promovido desde las esferas más altas del poder hasta los segmentos más bajos del nivel popular.

En 1868 se reunieron con el joven emperador Meiji los señores feudales e hicieron el Juramento de la Carta, cinco puntos en los que se basaría el porvenir japonés: 1) se convocaría una asamblea para deliberar los asuntos de interés nacional; 2) se harían públicas las resoluciones de esa asamblea; 3) las clases bajas y las altas cooperarían todas a la buena marcha de la administración nacional, no nada más los empleados directos del gobierno y los samuráis; 4) se eliminarían las costumbres bárbaras que habían imperado en Japón (como la venta de niños y niñas a los prostíbulos) y se tomarían como modelo para las futuras leyes las existentes en naciones europeas y en Estados Unidos, y 5) se buscaría el saber y el conocimiento en el extranjero.²⁶

Sobre la base de estos principios, el país fue desbaratando la estructura feudal que le había sostenido durante varios siglos, pero sin descuidar la consolidación de una nueva, estructura social, más incluyente y funcional, más flexible en cuanto a la participación general, fincada en una identidad propia, que supo mantener el balance entre los valores considerados como tradicionales por los japoneses, pero adecuándolos al ritmo de los tiempos.

El país fue unificado bajo la égida del emperador, los antiguos feudos (han) se convirtieron en prefecturas, con los gobernadores subordinados ante el emperador. En 1869, los señores de los grandes clanes de Choshu, Hizen, Satsuma y Tosa rindieron sus feudos al emperador y, después de varias entregas realizadas por otros clanes, un decreto imperial de 1871 abolió todos los feudos y en su lugar creó prefecturas administrativas centralizadas, con los antiguos señores como gobernadores.²⁷

También fueron abolidos los privilegios de los samuráis, quienes tuvieron que incorporarse a la población económicamente activa del país (no siempre con éxito) y se concedió a las personas el derecho a tener un apellido propio.

La educación, por otra parte, se volvió prioridad para el país, aunque siempre organizada en términos de un estricto modelo militarista (y en gran medida sexista, como era costumbre en la mayor parte del mundo en esa época). Las autoridades

²⁶ José Luis Gómez Serrano, "Japón: la Restauración Meiji (1850-1890)" en *Mundo ancho y ajeno*, 18 de noviembre de 2010, disponible en <http://jls.com.mx/articulos/historia/japon-la-restauracion-meiji-1850-1890/> consultado el 30 de agosto de 2017.

²⁷ Enciclopedia Microsoft, "Japón" en *Voyagesphotosmanu*, 2008, disponible en http://voyagesphotosmanu.com/era_meiji.html consultado el 29 de agosto de 2017.

educativas del país promovieron la salida de los jóvenes universitarios al extranjero, en busca de grados de especialización en diversas disciplinas y miles de ellos se enlistaron en las mejores universidades europeas y norteamericanas. Imbuidos de un nacionalismo a ultranza, la mayoría de ellos regresaba a incorporarse en los mercados laborales de su propio país para contribuir de ese modo al engrandecimiento del poderío nacional.

En términos generales puede decirse que, en efecto, los japoneses se inspiraron en modelos extranjeros en busca de un mejor control de sus propios procesos sociales, gestionando reformas promotoras del bien común. “Entre ellas, el servicio militar obligatorio, un sistema de educación pública militarizado, una reformulación deliberada de las prácticas religiosas —que las convirtió en un sintoísmo estatal politizado y centralmente administrado—, y la inculcación de una ideología hipernacionalista de adoración al emperador”.²⁸ Hubo muchas reformas en diversas áreas del quehacer social que sin duda permitieron una eficaz incorporación de los japoneses al sistema internacional westfaliano en condiciones relativamente ventajosas, algo que muy pocas comunidades extraeuropeas podrían presumir. Entre las más importantes hay que destacar el modelo de reorganización del poder del Estado, fincado en una constitución basada en modelos occidentales.

En este sentido es claro que la incorporación a un nuevo sistema internacional implica la adopción y adaptación de todos los esquemas de organización imperantes en el sistema social, en este caso, el libre mercado, la privatización de la economía y de la propiedad, la democracia representativa y liberal, valores de tendencia más individualista, un régimen fiscal eficiente para abastecer al Estado de recursos, etc. que dan al sistema un perfil más homogéneo para así facilitar su funcionamiento (aunque ello implique, en la mayoría de los casos, procesos de aculturación que las poblaciones autóctonas no siempre reciben de buen agrado).

El éxito de los japoneses radicó, en gran medida, en lograr preservar el delicado equilibrio entre la dosis adecuada de occidentalización y el respeto a los valores tradicionales, que les permitió preservar un sentido de identidad propio (algo que los iraníes, por ejemplo, no lograron alcanzar bajo el programa occidentalizador del Sha Reza Pahlevi a mediados del siglo xx). De este modo, su Constitución contribuyó a consolidar la estructura política sobre la base de la cual se daría un impulso decisivo a la modernización general del país.

Promulgada el 11 de febrero de 1889, la Constitución Meiji, fue un hito fundamental en la construcción del moderno Estado japonés y en el esfuerzo por convertirse en una de las

²⁸ Carpetas docentes de historia, “La Revolución Meiji” en *Carpetas docentes de historia*, 2017, disponible en <http://carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpetas-1/notas/nota-4-la-revolucion-meiji> consultado el 31 de agosto de 2017.

potencias “civilizadas” más avanzadas del mundo. Elaborada por Itô Hirobumi junto con un grupo de líderes gubernamentales y con el apoyo de varios juristas occidentales, el documento fue otorgado a los japoneses por el emperador Meiji y estableció al país como una monarquía constitucional con un parlamento (llamado Dieta) con una Cámara Baja con representantes electos. Itô y sus asociados copiaron mucho de los modelos occidentales, especialmente de las tradiciones conservadoras de Prusia, al crear una Constitución que reservaba poderes prácticamente ilimitados para el Emperador, al mismo tiempo que permitía la creación de instituciones democráticas.²⁹

Ese poder ilimitado del Emperador, quien tenía la última palabra en todas las cuestiones importantes debatidas en el parlamento, se justificaba por la idea que tenían los japoneses respecto de la divinidad de su gobernante. No era sólo un representante de Dios sobre la Tierra: era un ser divino en sí mismo, por lo que la lealtad de su pueblo adquirió nivel de dogma religioso, lo cual explica muchas de las características de los soldados japoneses, vistos por otros pueblos sencillamente como fanáticos: ellos estaban ofrendando su vida por un hombre-dios, como si Cristo hubiese sido él, directamente Emperador de la Cristiandad. No fue de hecho sino hasta acabada la Segunda Guerra Mundial, en 1946, que el emperador Hirohito se vio obligado, por las circunstancias de la derrota a hacer una declaración formal, de su condición de ser humano, una cuestión que caló duro en la consciencia nacional de su pueblo.

Para la mayoría de los especialistas en Ciencias Sociales es claro que el advenimiento de la modernidad está acompañado por toda una gama de cambios paradigmáticos de gran relevancia: la secularización del Estado y la democratización de la política, la universalización de la enseñanza, la desmitificación de la religión y el impulso al pensamiento crítico de la ciencia, la popularización del arte, entre muchos otros factores, cada uno de los cuales puede ser causa de enconados debates en cuanto a su alcance y significado real.

Tradicionalmente, la retórica liberal occidental sostiene que la economía debe estar en manos privadas y que la función del Estado debe limitarse a facilitar las condiciones para el desarrollo y buen funcionamiento de una economía de mercado; sin embargo, los japoneses supieron ver de manera oportuna que el desarrollo de una economía de esas características con dificultad puede operar en un país que está apenas saliendo de sus estructuras feudales.

Se requiere, sin duda, de un decidido apoyo estatal, no sólo a través de leyes para hacer operativa una economía industrial y las autoridades de la era Meiji supieron reconocerlo y actuar en consecuencia, participando de manera activa como

²⁹ Asia for educators, “Excerpts from the Meiji Constitution of 1889” en *Columbia University*, Nueva York, 2017, disponible en http://afe.easia.columbia.edu/ps/japan/meiji_constitution.pdf consultado el 31 de agosto de 2017 (trad. libre).

inversionistas para generar empleos, fortalecer sus mercados internos, renovar su régimen fiscal y fortalecer a sus fuerzas armadas, todo lo cual permitió que la modernización japonesa se diera en un tiempo récord.

La modernización de Japón fue planeada desde el Estado. Durante su larga historia, la economía japonesa se había basado en la agricultura y la elaboración de productos artesanales. Convertir aquellas formas de producción en un sistema industrial requirió de una gran cantidad de mano de obra. Ese no fue un problema para Japón, que a mediados del siglo XIX ya contaba con una población de 37 millones de habitantes, los que se convertirían en obreros de las nuevas fábricas y en compradores de los productos que allí se fabricasen. Japón apoyó su crecimiento en una serie de industrias estratégicas: la fabricación de armas, la industria metalúrgica, la construcción, la industria textil de algodón y seda y el desarrollo de los transportes y las comunicaciones. Gracias a la especialización en estas áreas, la industria japonesa logró un importante avance tecnológico y productivo en muy poco tiempo. El éxito del proceso de industrialización japonés estuvo dado por la velocidad con la que se produjo: lo que a los europeos les llevó más de 100 años, los japoneses lo hicieron en mucho menos tiempo, aprovechando la experiencia de los demás. Japón estaba dispuesto a aprender. Llevó a sus científicos a estudiar a las mejores universidades de Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, también contrató a los científicos y técnicos occidentales para que fueran a trabajar en las fábricas japonesas. Una vez acumulados todos esos conocimientos, los japoneses empezaron a desarrollar sus propios descubrimientos e innovaciones científicas y tecnológicas. Japón había dejado atrás un sistema económico que tenía milenios de antigüedad y estaba en camino de convertirse en una de las grandes potencias industriales del mundo moderno.³⁰

La consolidación del moderno Estado japonés permitió al mismo tiempo la elevación del país al rango de potencia mundial. A mediados de la última década del siglo XIX, los japoneses tuvieron un primer enfrentamiento bélico con China en casi 300 años. Si bien es cierto que la China imperial de esa época estaba debilitada y desorganizada por completo después de más de medio siglo de desastrosos desencuentros con las potencias occidentales, en el papel seguía siendo un oponente formidable, asiento de la civilización distintiva de la región.

La manzana de la discordia entre chinos y japoneses fue el reino de Corea, tradicional vasallo del Emperador chino. Desde mediados de la década de los setenta, los japoneses (en busca de recursos naturales, siempre escasos en su propio país) se habían acercado a Corea, tratando de ganar posición y abrir mercado (adelantándose a las pretensiones de otras potencias occidentales, siempre listas a

³⁰ Ceibal, “La industrialización del Japón: 1870-1914” en *Ceibal*, 2017, disponible en http://contenidos.ceibal.edu.uy/fichas_educativas/_pdf/historia/mundo/074-la-industrializacion-de-japon.pdf consultado el 31 de agosto de 2017.

aprovecharse de la debilidad de los chinos, tradicional poder hegemónico sobre Corea).

En el curso de las dos décadas siguientes, los chinos y los japoneses mantuvieron una férrea competencia por la península, tratando de imponer autoridades y granjearles favores para ganar la simpatía de los coreanos. Luego de varios incidentes en el transcurso de esas dos décadas, en 1894 se rompieron las hostilidades. A principios de ese año fue asesinado un líder coreano pro-japonés en Shanghái y el gobierno coreano, temeroso de la reacción de Japón solicitó apoyo chino. Hubo movilización de tropas y un mejor equipado y organizado ejército japonés derrotó a los chinos, imponiendo un humillante tratado de paz.

China continuó un imparable proceso de caída vertical que llevó a la desintegración del imperio y su transformación en república en 1912 y Corea pasó a la esfera de influencia de los japoneses junto con Taiwán.³¹ Una década más tarde, los japoneses lograron una victoria aún más sorprendente en contra de Rusia, provocada por disputas territoriales, lo cual consolidó su estatus de potencia mundial; la primera de origen racial no blanco y no europea en el sistema internacional moderno de naciones. De este modo:

Japón se convirtió en potencia de estilo occidental, plenamente incorporada al sistema westfaliano. Mucha gente de la región fue a estudiar a Japón para mejorar las condiciones de su propio Estado y esperaba algún día ser independiente. Del siglo XIV al XIX, la jerarquía de la región siguió el principio de la semejanza cultural con China, pero los occidentales y Japón occidentalizado cambiaron el esquema de la jerarquía por el de un sistema colonial directo, el cual estaría vigente hasta fines de la Segunda Guerra Mundial y gradualmente forzaría la idea del sistema internacional contemporáneo como entidad dominante a la cual se incorporaba la subregión del sudeste asiático.³²

Conclusiones

Los logros de los japoneses durante la era Meiji (1868-1912) resultan asombrosos, sobre todo a la luz de la comparación con todos los demás países de la llamada periferia del sistema westfaliano, cuyo eje central continuaba ubicado de manera clara en Europa occidental.

³¹ De hecho, Corea no fue formalmente anexada a Japón debido a la presión ejercida en contra de las pretensiones niponas por Francia, Alemania y Rusia. Japón se vio aislado en términos diplomáticos y pronto buscó un aliado fuerte para garantizar sus intereses hegemónicos. Esa alianza se pactó con Reino Unido en 1902, lo que ayudó a consolidar el *status* japonés como potencia mundial.

³² Wei-Chiao, Ying, "Un breve recorrido del sistema internacional del sudeste asiático antes y después del contacto con Occidente y de la globalización" en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, núm. 124, FCPYS-UNAM, México, enero-abril 2016, pp. 93-123.

No sólo lograron una economía próspera (aunque no equitativa en términos sociales) y una estabilidad bastante aceptable dados los estándares mundiales de la época, sino que alcanzaron un estatus de potencia mundial reconocido por el Concierto de las Naciones, predominantemente eurocéntrico, haciéndose beneficiarios directos de la modernidad global.

En noviembre de 1888, el gobierno japonés firmó en Washington un tratado de amistad, comercio y navegación con México,³³ que por esa época intentaba su propio proceso de modernización bajo el esquema del Porfiriato y buscaba el mismo objetivo de consolidación nacional, que siguen anhelando los mexicanos.

Para la muerte del emperador Meiji en 1912, Japón ya había pasado por una revolución política, industrial y social que trajo como resultado la transformación del país en una potencia mundial. La restauración y modernización consecuente convirtió al Japón en una potencia industrial ubicándola por encima de otras naciones en el Pacífico.³⁴

Buzan y Lawson³⁵ argumentan de manera convincente que el sistema westfaliano, nacido a mediados del siglo XVII, alcanzó su madurez en el siglo XIX, gracias a los avances en distintas áreas de la ciencia y del quehacer político que facilitaron los procesos de reconstrucción racional del Estado para hacerlo más eficiente, aceleraron la dinámica de la industrialización, convertida en eje de la modernidad, e impulsaron una transformación ideológica en la que las ideas de bienestar popular y de identidad nacional jugaron un papel central para determinar la configuración del centro y la periferia del sistema. Por mérito propio, Japón logró ubicarse en la privilegiada zona del centro gracias a las condiciones que generó en el país la revolución Meiji.

³³ Para Japón fue el primer tratado que reconocía de manera plena su jurisdicción nacional sobre todas las personas dentro de su territorio, así como su capacidad para imponer impuestos a los bienes importados de acuerdo con sus intereses comerciales. De hecho, Japón pudo renegociar los tratados desiguales que mantenía con países occidentales usando este tratado como precedente legal. Para México fue el primer tratado que firmó con una nación asiática, mismo que contribuiría a renovar los viejos vínculos con ese continente. Secretaría de Relaciones Exteriores, “Historia de la relación bilateral”, Embajada de México en Japón, 13 de abril de 2016, disponible en <https://embamex.sre.gob.mx/japon/index.php/es/embajada/relacion-politica/historia-de-la-relacion-bilateral> consultado el 31 de agosto de 2017.

³⁴ Historia de Japón, “Características y consecuencias de la revolución Meiji” en *Historia de Japón*, 6 de agosto de 2013, disponible en <http://japonysuhistoria.blogspot.mx/2013/08/caracteristicas-y-consecuencias-de-la.html> consultado el 31 de agosto de 2017.

³⁵ Barry Buzan y George Lawson, *The Global Transformation: History, Modernity and the Making of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015.

Fuentes consultadas

- Aron, Raymond, “Qu’est-ce qu’une théorie des relations internationales?” en *Revue Française Politique*, 17 (5), Paris, 1967.
- Aron, Raymond, *Paix et guerre entre les nations*, Calmann-Lévy, Paris, 1962.
- Asia for educators, “Excerpts from the Meiji Constitution of 1889” en *Columbia University*, Nueva York, 2017, disponible en http://afe.easia.columbia.edu/ps/japan/meiji_constitution.pdf
- Azzini, Juan Eduardo, “Cuando el comodoro Perry abrió las puertas del Japón” en *Historia y Arqueología Marítima*, 2003, disponible en <http://www.histarmar.com.ar/AcademiaUruguayaMyFl/2003/CuandoelComodoroPerry.htm>
- Boromir, “Historia universal invasión samurái de Corea” en *Foros Perú*, 25 de febrero de 2013, Lima, disponible en <http://www.forosperu.net/temas/invasion-samurai-de-corea-1592-1598.432818/>
- Buzan, Barry y George Lawson, *The Global Transformation: History, Modernity and the Making of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015.
- Buzan, Barry y Richard, Little, *International Systems in World History: Remaking the Study of International Relations*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
- Carpetas docentes de historia, “La Revolución Meiji” en *Carpetas docentes de historia*, 2017, disponible en <http://carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpetas-1/notas/nota-4-la-revolucion-meiji>
- Ceibal, “La industrialización del Japón: 1870-1914” en *Ceibal*, 2017, disponible en http://contenidos.ceibal.edu.uy/fichas_educativas/_pdf/historia/mundo/074-la-industrializacion-de-japon.pdf
- Encyclopædia Britannica, “Japan” en *Encyclopædia Britannica*, 2017, disponible en <https://www.britannica.com/place/Japan>
- Enciclopedia Microsoft, “Japón” en *Voyagesphotosmanu*, 2008, disponible en http://voyagesphotosmanu.com/era_meiji.html
- Gómez Serrano, José Luis, “Japón: la Restauración Meiji (1850-1890)” en *Mundo ancho y ajeno*, 18 de noviembre de 2010, disponible en <http://jlg.com.mx/articulos/historia/japon-la-restauracion-meiji-1850-1890/>
- Henning, Joseph M., “Gunboat diplomacy worked in Japan 150 years ago ... but today?” en *History News Network*, 5 de abril de 2004, disponible en <http://historynewsnetwork.org/article/4383>
- Historia Bélica, “Rebelión Satsuma” en *Historia Bélica*, 24 de diciembre de 2014, disponible en <https://historiayguerra.net/2014/12/24/rebelion-de-satsuma-1877/>
- Historia de Japón, “Características y consecuencias de la revolución Meiji” en *Historia de Japón*, 6 de agosto de 2013, disponible en <http://>

- japonysuhistoria.blogspot.mx/2013/08/caracteristicas-y-consecuencias-de-la.html
- History, “Tratado de Kanagawa” en *History*, 2017, disponible en <https://mx.tuhistory.com/hoy-en-la-historia/tratado-de-kanagawa>
- Hobsbawn, Eric, *The Age of Extremes: 1914-1991*, Pantheon, Londres, 1994.
- Jarvis D. S. L., *International Relations and the Challenge of Postmodernism: Defending the Discipline*, University of South Carolina Press, Columbia, Carolina del Sur, 2000.
- Kang, David, *East Asia before the West*, Colombia University Press, Nueva York, 2010.
- Laborde, Adolfo, “Japón: una revisión histórica de su origen para comprender sus retos actuales en el contexto internacional” en *En-claves del pensamiento*, año v, núm. 9, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, México, enero-junio 2011.
- Lenin, Vladimir I. y John A. Hobson, *Imperialismo*, Capitán Swing, Madrid, 2009.
- Lozano Cámara, Jorge Juan, “Resistencia al imperialismo. China: la Guerra del Opio. 1839-1842” en *Clasehistoria*, disponible en <http://www.claseshistoria.com/imperialismo/resistenciaopio.htm>
- Osterhammel, Jürgen, *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, 2014.
- Porcel de Peralta, Jorge, “Los imperios coloniales en Asia”, *Lecturas 715*, 14 de marzo de 2017, disponible en <http://lecturas715.blogspot.mx/2017/03/los-imperios-coloniales-en-asia-bejar.html>
- Rosenberg, Justin, “Why is there no International Historical Sociology?” en *European Journal of International Relations*, 12 (3), SAGE, Universidad de Sussex, Reino Unido, 2006.
- Schwarzenberger, Georg, *Power Politics: A Study of International Society*, Praeger, Nueva York, 1954.
- Secretaría de Relaciones Exteriores, “Historia de la relación bilateral”, Embajada de México en Japón, 13 de abril de 2016, disponible en <https://embamex.sre.gob.mx/japon/index.php/es/embajada/relacion-politica/historia-de-la-relacion-bilateral>
- Sergiopaterna, “El comodoro Perry y los barcos negros” en *Pergaminos japoneses*, 25 de febrero de 2014, disponible en <http://pergaminojaponeses.com/2014/02/25/el-comodoro-perry-y-los-barcos-negros-2/>
- Suzuki, Shogo, *Civilization and Empire: China and Japan's Encounter with European International Society*, Routledge, Londres, 2009.
- Szczepanski, Kallie, “Historia universal invasión samurái de Corea” en *ThoughtCo.*, 21 de julio de 2017, disponible en <https://www.thoughtco.com/japans-military-rulers-the-shoguns-195395>

- Teschke, Benno, *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*, Verso, Londres, 2003.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Historia de la historiografía*, Ateneo, México, 1978.
- Ying, Wei-Chiao, “Un breve recorrido del sistema internacional del sudeste asiático antes y después del contacto con Occidente y de la globalización” en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, núm. 124, FCPYS-UNAM, México, enero-abril 2016.